

PROYECTO: JORNADAS DE GESTIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL
(hacia una política de conservación integral en el INAH)

Integralidad: obstáculos, balbuceos y espejismos en Chimalacatlán, Morelos

Doctor Paul Hersch Martínez
PROGRAMA ACTORES SOCIALES DE LA FLORA MEDICINAL EN MÉXICO
CENTRO INAH - MORELOS



Introducción

¿Podemos desvincular las condiciones de la población y las condiciones del patrimonio cultural? ¿No dependen acaso las segundas de las primeras?

Presentaré sucintamente la experiencia concreta de trabajo para compartir luego algunas reflexiones que de ella se derivan. La comunidad de Chimalacatlán se encuentra en el municipio de Tlaquiltenango, el de mayor extensión en el estado de Morelos, y constituye un espacio actual de confluencia para el INAH, dada la existencia de asentamientos prehispánicos y vestigios paleozoológicos muy relevantes y de una interesante conformación sociocultural y florística. Estas características han propiciado el trabajo del Instituto en la localidad básicamente hasta ahora en tres disciplinas: la arqueología, la paleontología y la etnobotánica.

Las reflexiones que compartiré se encuentran presididas por dicha confluencia y apuntan centralmente al reto que implica para el Instituto generar procesos integrales, con lo cual mencionare algunos obstáculos que hemos vivido en torno a tan loable propósito, para buscar luego concreciones y medidas viables, si al cabo de estas jornadas sigue siendo considerada como relevante para el INAH la idea de una conservación integral del patrimonio cultural.

La experiencia en Chima

Desde fines del año 2001, por amable invitación del arqueólogo Mario Córdova en el Centro INAH Morelos, empezamos a explorar la posibilidad de realizar trabajo de investigación en Chimalacatlán, como parte del programa Actores Sociales de la Flora Medicinal en México. La idea original era diver-

sificar la presencia del INAH en la comunidad, hasta el momento centrada en el trabajo arqueológico y paleontológico, aportando, en el caso del programa referido, líneas de trabajo en etnobotánica y antropología médica.

La línea del programa que vimos de entrada aplicable como introductoria es la que refiere a los recolectores y acopiadores de flora medicinal. De hecho, el municipio de Tlaquiltenango se encuentra estrechamente vinculado, al igual que el de Tepalcingo en el sur morelense, con el sur-occidente poblano, región donde el INAH ha trabajado desde 1987, de modo que muchos elementos fisiográficos y culturales de las dos zonas presentan similitudes importantes.

Dos elementos eran además dignos de consideración por su posible efecto comparativo respecto a otras comunidades donde estamos trabajando actualmente en Guerrero y Puebla: el hecho de estar Chimalacatlán ubicado en una zona de reserva biológica y el de estar conformada por población mestiza en un asentamiento actual relativamente reciente, ambos elementos diferenciales respecto a otras zonas de trabajo conocidas por nosotros, donde existe una mayor explotación de la flora silvestre y donde las comunidades son indígenas y están ubicadas en antiguos asentamientos.

En ese contexto, pronto se hizo evidente que una línea concreta de actividades podría centrarse en la iniciativa, en torno a una especie que ha sido objeto particular de atención para nosotros, dadas sus diversas facetas culturales y biológicas: el linaloe (*Bursera linanoë*), principalmente en los municipios guerrerenses de Copalillo y Olinalá.

Así, nos planteamos impulsar con campesinos de la localidad

trabajos de aprovechamiento sustentable de este tipo de copal, que cuenta con un particular perfil histórico y cultural que escapa a esta presentación, pues además, en Chimalacatlán, como en toda una serie de comunidades de la cuenca del Río Balsas, la explotación de este árbol forma parte de la historia local.

Si el linaloe, especie conspicua, era ya referida por Florencia Muller en sus exploraciones de Chimalacatlán hace medio siglo, también localizamos los restos del viejo destilador de aceite esencial que se utilizaba ahí en la época de Muller, y tuvimos oportunidad de reconstruir, a partir de la memoria local de quienes como niños presenciaron dicha industria, el proceso.

Es, sin embargo en el proceso de interacción con los campesinos de Chimalacatlán que quiero destacar algunos puntos. El planteamiento fue hecho a las autoridades locales y también municipales. Chimalacatlán refleja la situación de muchas comunidades del sur de Morelos, con campesinos y familias que han migrado a los Estados Unidos, de manera creciente desde hace unos 10 años. Algunos han regresado, otros no. Los migrodólares llegan regularmente a ciertas familias, las tierras ejidales han pasado a ser vendibles, las políticas de apoyo a la producción de subsistencia han disminuido mientras se ha incrementado la idea del gobierno estatal de apoyar con créditos a productores individuales o a familias, pues ha dejado de ser considerada viable la vía colectiva de producción.

En la temporada de verano del 2002 se llevó a cabo una práctica de destilación a nivel local, con la idea de demostrar como un procedimiento factible la destilación de frutos de linaloe en Chimalacatlán.

Destilar a partir de frutos permite evitar la tala de árboles para utilizar como materia prima la madera calada del linaloe. Este proceso, actualmente muy poco aplicado en México, se planteó y llevó a cabo con apoyo del CONACYT y mediante dos beneficios concretos a los participantes: el pago del fruto a quienes lo recolectaron y el entrenamiento como destiladores a un grupo de campesinos de la comunidad. El marco de dicha experiencia fue el de la aproximación progresiva a una propuesta que rebasaría -y aun esperamos rebase- el trabajo, con un solo grupo de recolectores y destiladores del fruto, para extenderse a otros conjuntos de población, a la flora medicinal y de otro uso a nivel local, y a otros aspectos etnomédicos y etnobotánicos relativos a las diversas líneas del programa ASFM.

Es así que se capacitó en la recolección a un grupo heterogéneo de habitantes de Chimalacatlán; varios campesinos adquirieron también competencias en el proceso de destilación con la participación de un compañero destilador de Guerrero e integrante de nuestro programa, y la práctica se hizo durante varios días, de modo que fue ilustrativa para otros habitantes de la localidad.

El objetivo es generar recursos a partir del aprovechamiento sustentable del aceite de linaloe y eventualmente de su madera calada, a efecto de apoyar el trabajo artesanal auténtico de Olinalá en Guerrero.

Cabe mencionar aquí que Chimalacatlán es también una comunidad de interés, porque han llegado a ella numerosas iniciativas externas de desarrollo en los últimos 20 años, inclusive en lo que refiere al uso de plantas medicinales y la formación de promotores de



salud por parte de organizaciones no gubernamentales. Algunas de éstas intervenciones marcan una impronta de asistencialismo difícil de trascender, la cual de hecho constituye lo que a nuestro parecer es uno de los obstáculos más relevantes para una verdadera autogestión. Sin embargo, la modalidad de entrada a la comunidad a partir de las instancias organizativas locales ha permitido un avance progresivo en la confianza y en la dinámica de participación. La realización de la experiencia demostrativa y práctica ha resultado tan determinante, como la toma del tema por parte de la organización ejidal.

Cabe destacar otro factor para nosotros interesante: el papel que al interior de la comunidad ha jugado la impresión de los números seis y siete de la Serie *Patrimonio Vivo* que publica el Programa ASFM-INAH, dedicados justamente al tema. A raíz de esas publicaciones destinadas básicamente a los participantes de base, hemos recibido una entusiasta retroalimentación, corroborando el efecto validatorio del registro impreso y del reconocimiento al testimonio local en el proceso mismo de tra-

bajo. Este hecho ha orientado la relación, concretado y puesto en relieve algo de lo que el INAH hace, acreditando además a los participantes. Los impresos han tenido un particular impacto en los ancianos y en los escolares.

En este proceso, algunos de nuestros interlocutores locales han venido destacando dos ejes considerados como promisorios por ellos, a partir del conocimiento de las particularidades de su tierra y de su experiencia como migrantes en los Estados Unidos, éstos son: el del turismo fundamentado en la zona arqueológica y en la visita a la *Cueva encantada*, que contiene vestigios paleontológicos, y la destilación y comercialización del aceite de linaloe.

A la fecha el grupo ha ido ganando presencia y organización, se ha hecho ya de un destilador propio, ha involucrado al gobierno municipal en el proceso e inició su formalización legal, además de iniciar la elaboración de productos como jabones a base del mismo, para incrementar el valor de su aceite, y al entablar relación con artesanos de Olinalá, han intercambiado su aceite —al que recurren los artesa-

nos para perfumar sus cajas y baúles- por artesanía y participado en ferias regionales –como la de Jojutla- para la venta de sus productos. Se hace evidente el estrecho nexo existente entre nuestro patrimonio biológico –en este caso botánico- y nuestro patrimonio cultural –en este caso artesanal-, pues la suerte de éste depende de la de aquél.

Ahora bien, ¿cuál es el componente integral de la propuesta como INAH en Chimalacatlán y cuál ha sido el proceso colateral al interior del INAH respecto a la misma?

Aún cuando ciertamente las etiquetas que han confeccionado los integrantes del grupo de destiladores, para vender su aceite en ferias como la de Jojutla o la próxima en Cuernavaca, presentan una pirámide como elemento identitario de su producto, en realidad no existen elementos que nos permitan hablar de una articulación de

los trabajos que se llevan a cabo por parte del INAH en Chimalacatlán.

La experiencia no deja de ser ilustrativa respecto a la necesidad de revisar la política en torno a proyectos integrales o integrables, de modo que no resulta ocioso comentar un proceso interno que alteró la marcha de nuestro programa y su posible articulación con otras áreas sustantivas del Instituto. Me refiero a un proceso interno del INAH, generado en torno a la convocatoria de plazas para investigadores, desarrollada en el segundo semestre de 2003. Este proceso puso en relieve como resulta ser a veces el mismo INAH un obstáculo para la *integralidad*.¹ La indefinición respecto a la posibilidad de que se asignase una de esas plazas al Centro INAH Morelos generó una atmósfera de tensión ante el requerimiento, expresado incluso por escrito por nuestro Sindicato

de Investigadores, de que fuese el grupo de investigadores del Centro INAH Morelos quien definiera a qué área se debería destinar dicha plaza.

A pesar de algunos desencuentros generados al interior del grupo de investigadores del Centro INAH, en un proceso que tomó bastante tiempo, se llegó a una definición. Sin embargo, finalmente la plaza tan anunciada ni siquiera se destinó al Centro INAH Morelos. En síntesis, este tipo de contingencias desgastantes, originadas al interior del INAH desde sus instancias centrales, se deben evitar a toda costa. Las diferencias se aclararon y hoy los trabajos siguen, paralelos, en comunicación. Pero la integralidad supongo que es otra cosa.

Reflexiones

Creo que para hablar de integralidad como se sugiere por el moti-



vo de estas jornadas, es necesario revisar hoy el concepto de patrimonio cultural. Por ello he de comenzar por este último. Si hacemos una breve genealogía, hemos de recordar que la idea misma del patrimonio cultural ha venido evolucionando a la par del concepto mismo de cultura. En corto, sin pasar por alto la relevancia de todos los vestigios materiales que forman parte evidente de nuestro patrimonio, sabemos hoy que más que cosas, el patrimonio cultural tiene que ver con procesos, y de ahí, podemos pasar a subrayar que **el patrimonio cultural de nuestro país se encuentra constituido, en primer lugar, por su población.**

¿Qué implica entender así al patrimonio cultural?

La primera de las implicaciones corresponde a la imprescindible participación de la población en la gestión de su realidad. Es decir, la integralidad es una consecuencia lógica de esta definición, desde el momento en el cual disciplinas como la arqueología, la paleontología o la etnobotánica sólo tienen sentido en Chimalacatlán o en Tingüindín como medios ante problemas que atañen a la población, es decir, como recursos y no como fines, orientados y destinados a aportar elementos concretos, que permitan a las **poblaciones locales** ejercer la conservación de sí mismas y de su entorno.

Considerar como elemento constitutivo esencial de nuestro patrimonio cultural a la población misma, implica también revisar a fondo **cuál es el sentido mismo, hoy, del INAH.** Porque en esencia, al hablar de la integralidad de la conservación estamos hablando también, en primer lugar, de la articulación de los tres ejes sustantivos del Instituto incluyendo la

investigación y la difusión, y por tanto, del grado de articulación del INAH respecto a la población y sus problemas, que tampoco pueden verse desvinculados del patrimonio cultural.

Éste es entonces el primer nivel de obstáculos con el cual tenemos que lidiar en el INAH respecto al cometido de una eventual integralidad en los proyectos de conservación: el que corresponde a **la idea institucional que permea en nuestras acciones y las preside.** Es evidente que esta idea, a mi parecer, es muy **estática y cosificada, centrada básicamente no en procesos sociales y menos aún en la población misma como patrimonio, sino básica y concretamente en vestigios arqueológicos e históricos.** Me refiero no a las definiciones que se analizan, se escriben y se enseñan, sino a las definiciones operativas que se traducen en prioridades presupuestales: la cultura como algo añadido, como pasado reivindicable al turista o como exotismo, aún como

el folclorismo al que aludía Gramsci. No puede emerger una integralidad en los proyectos si ella no se encuentra en las definiciones operativas del INAH.

El segundo obstáculo al que me refiero se encuentra en la dinámica interna de **atomización y especialización disciplinaria** que es reforzada por aparatos corporativos y programas de estudio. A esta atomización —y a pesar de los relevantes avances logrados hasta ahora— se aúna la aún escasa atención y promoción a más proyectos colectivos, al priorizar en la práctica proyectos de trabajo individual, basados a su vez en una formación profesional, a menudo ajena a la formación de investigadores capaces de generar y consolidar equipos. Los esquemas mismos de evaluación e inclusive de reconocimiento a la investigación, la conservación y la difusión del patrimonio cultural reflejan a menudo esta situación, en la cual son escasamente valorados los esfuerzos transdisciplinarios o los



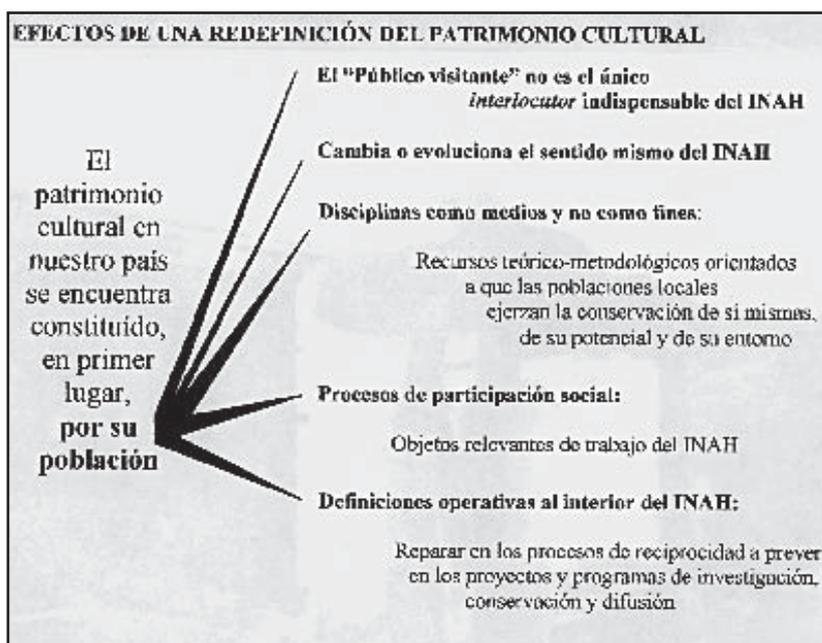
esfuerzos que se orientan a una vinculación estrecha con los grupos de población o generan productos y procesos dirigidos a los integrantes de las comunidades donde trabajamos. La figura individual, imprescindible como es, puede acabar militando contra la integralidad.

El burdo proceso de confiscación del bien público al que nos encontramos sometidos actualmente, nos hace reconocer el papel histórico fundamental que el INAH ha tenido en la salvaguarda del patrimonio cultural entendido en su acepción más usual. Ya se ha hecho mucho, pero ahora falta un planteamiento orgánico donde se reconozca que los verdaderos salvaguardas son las mismas comunidades y que los procesos de participación social no son ocurrencias anecdóticas, sino elementos hoy imprescindibles para el cometido del INAH. Es decir, las alternativas pasan por capitalizar de diversas maneras a las comunidades frente a la privatización del capitalismo desatado, que instrumenta cada vez más integralmente a la población.

Conclusiones

La integralidad nace de una concepción holística del patrimonio cultural que contempla como su elemento constitutivo esencial a la población. Esta focalización debe permear al ámbito de la investigación, conservación y difusión, expresándose en **definiciones operativas a través del apoyo a programas colectivos, transdisciplinarios e integrales, tendientes a una vinculación permanente con los grupos de población y las comunidades.**

Ante el momento actual, el único cómplice válido del INAH resulta ser su objeto central: la



población como razón de ser del patrimonio cultural y como parte constitutiva del mismo. **Todo proyecto del INAH** debiera preguntarse por sistema **cuáles son sus procedimientos de reciprocidad** respecto a las comunidades donde opera y -por método más que por discurso- explorar sus perspectivas de articulación transdisciplinaria, tomando como eje a las poblaciones actuales con quienes trabajamos, que no son parte de una escenografía prescindible donde el protagonista es exclusivamente el vestigio físico, arqueológico o histórico. Esta filosofía debiera presidir la **formación de cuadros profesionales y técnicos** y también la **política presupuestaria**, sin con ello descalificar, por supuesto, la indiscutible pertinencia de investigaciones unidisciplinarias e individuales.

Ante los obstáculos que he planteado, me parece fundamental partir de definiciones y políticas claras e institucionales al respecto. A nivel operativo, entre los mecanismos para involucrar a las comunidades y para proyectar las definiciones y políticas del

INAH, me parece pertinente la aplicación de procedimientos como los referidos en torno al perfil de publicaciones, que tengan como destinatario primario a las comunidades locales mismas donde se llevan a cabo los trabajos del INAH.

Notas

¹ Con este término, que no hallé en el Diccionario de la Lengua Española, me refiero a la dimensión integral en su sentido global o total, más que la dimensión de integridad que refiere a menudo a algo que tiene todas sus partes o a la probidad o rectitud de la persona.

Bibliografía

BONFIL Batalla, G., "Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados", en: E. Florescano, (Coord.) *El patrimonio cultural de México*, Conaculta y Fondo de Cultura Económica, México, 1997, pp. 28-56.
 GRAMSCI A., *Antología*, Selección, traducción y notas de M. Sacristán, Siglo XXI Editores, México, 1981.
 HERSCH MARTÍNEZ, P., "Actores sociales de la flora medicinal en México", *Universidad de México*, noviembre, 2003, pp. 30-36.